

Jesús Silva-Herzog

Denise Dresser

Épicos y apocalípticos

La primera víctima del actual gobierno ha sido el sentido de proporción. Parece imposible medir, en su correcta dimensión, lo que acontece. Cada decisión, cada iniciativa, cada palabra, cada gesto se dispara de inmediato para adquirir proporciones absurdas. Épicos contra apocalípticos. Ese es el espectáculo que contemplamos. Por una parte, el cuento de un heroísmo que está dando vida a una nueva república. Por la otra, el lamento de quienes advierten el aniquilamiento de toda respetabilidad. Difícil aquilatar acciones y discursos. Hasta el silencio adquiere en esta hora dimensiones grandiosas. Si el presidente se tarda unos minutos en escribir un tuit se confirma que su verdadero deseo es dirigirnos al barranco. Si calla ante las provocaciones de Trump es muestra de su altura como estadista responsable. Hasta lo no dicho se sale de proporción.

Los extremos no pueden ver la misma imagen. Un hecho es dos. Por lo menos, dos. De ahí la destemplanza de nuestra polémica. Ahí la fuente de la orgullosa incompreensión que nos envuelve. Y sin embargo, los extremos coinciden en un convencimiento. La historia se acaba de romper. Todo cambió. Promotores y críticos del gobierno están de acuerdo en eso: en diciembre cambió todo. Tras las elecciones y la llegada del nuevo gobierno, el país rompió con sus herencias y empezó un camino radicalmente nuevo. Cuando el presidente dice que se acabó un periodo histórico y que está comenzando un nuevo día para México, sus mayores críticos le dan la razón. Se han tragado entero el cuento de la ruptura. México está a punto de convertirse en un paraíso de fraternidad o de volverse Mexizuela. El amanecer de la república auténtica o de la nueva dictadura. El sentido del cambio puede ser apreciado de manera radicalmente distinta. Lo curioso es que casi todos coinciden en ese juicio: el país rompió definitivamente sus herencias y empezó un camino radicalmente nuevo.

Dominados por esa persuasión común, los antagonistas cierran los ojos a las persistencias. Es mucho lo que se preserva del pasado inmediato. Si hiciéramos caso a la retórica presidencial, México ya cambió. Ya es otro. Nada quedaría del perverso modelo económico, ni un ladrillo de su régimen oligárquico quedaría en pie. La historia, sin embargo, no suele ser piadosa con los arranques de voluntad. No se pliega al deseo de reinención y se burla de quienes se imaginan adanes.

No minimizo lo que ha pasado en los últimos meses. Murió el sistema de partidos, ha surgido un presidencialismo imponente, las oposiciones han desaparecido. No ignoro tampoco las secuelas de una serie de decisiones concretas: el nue-

Los extremos no pueden ver la misma imagen. Un hecho es dos. Por lo menos, dos. De ahí la destemplanza de nuestra polémica. Ahí la fuente de la orgullosa incompreensión que nos envuelve. Y sin embargo, los extremos coinciden en un convencimiento. La historia se acaba de romper. Todo cambió. Promotores y críticos del gobierno están de acuerdo en eso: en diciembre cambió todo.

vo impulso al clientelismo, el capricho como motivación irrefutable de la política pública, la sordera ante las advertencias que empiezan a amontonarse, el hostigamiento a la crítica. Todos estos cambios son profundos y serán duraderos. Al mismo tiempo, no podemos ignorar el cauce de las continuidades. López Obrador habrá querido arrancar de tajo la herencia política y económica del neoliberalismo, pero las persistencias son tan relevantes como las discontinuidades. Épicos y apocalípticos cierran los ojos a esas continuidades porque no embonan en el dramatismo de sus relatos, pero una evaluación ponderada de lo que acontece debería hacer recuento no solamente de las rupturas, sino también de las continuidades. En la relación comercial con Norteamérica, en el conservadurismo fiscal, en el respeto al banco central hemos visto a un neoliberal ortodoxo. En el trato con el presidente Trump hemos visto una indignidad pragmática que rinde homenaje a Videgaray y a Peña Nieto. En su pacto con el sindicalismo magisterial y en su apuesta por la opción militar para encarar el drama de la inseguridad vemos una nueva versión del calderonismo.

López Obrador no es solamente un ideólogo vehemente. Es también un político pragmático. Es necesario advertir en su liderazgo la activación de esos dos resortes. El populista hinchado de fe en sí mismo que desoye cualquier advertencia, que desprecia cualquier razón contraria, que ignora cualquier discrepancia y que vive para el conflicto. El político pragmático que advierte en ciertos ámbitos (la relación con Estados Unidos, la lucha contra el crimen, el Banco de México) límites que no tiene más remedio que respetar. La historia no se enfrenta nunca a la hoja en blanco.

Pecado presidencial

Hay dos clases de personas: aquellos que no saben y aquellos que no saben, pero creen que saben. El presidente es de los segundos. Alguien que todos los días se burla de los técnicos, llama a la economía un “oficio”, desprecia el conocimiento, desdeña la ciencia, trivializa la experiencia y cree que siempre tiene la razón. Alguien que todos los días desoye a quienes le presentan datos duros, ningunea a quienes le advierten sobre las consecuencias de las posturas que toma, acalla a quienes intentan decirle que está cometiendo errores y muy graves. Con la forma en que recorta, gasta y redacta memorándums, López Obrador demuestra el talón de Aquiles del proyecto que quiere impulsar: su analfabetismo económico. El mayor peligro de la 4T y quien la lidera no es su “populismo”; es su ignorancia.

Ignorancia sobre cómo funciona el Estado y cómo funcionan los mercados. Ignorancia sobre cómo se arma un presupuesto y las variables que intervienen en su elaboración y ejercicio. Ignorancia sobre el vínculo entre crecimiento y recaudación, certidumbre e inversión, regulación y competencia, competencia y productividad, política social e informalidad, monopolios y extracción de rentas, capitalismo de cuates y subdesempeño económico. El presidente está intelectualmente atorado en los paradigmas del pasado. Habla y escribe y dicta documentos como si hubiera dejado de leer, informarse y educarse desde 1970. Defiende su visión de capitalismo estatal y discrecional como si esos modelos no hubiera producido crisis tras crisis debido a la politización y personalización de la política económica. Presume un Plan Nacional de Desarrollo inspirado en documentos de 1906.

La ignorancia económica del Presidente sería menos grave si se dejara educar, si tuviera voluntad de aprender, si reconociera sus limitaciones en este tema y permitiera que otros lo asesoraran. Pero en México ya no hay un gabinete funcional; hay un gobierno cada vez más unipersonal. López Obrador revela el carácter de quienes lo rodean y ellos demuestran no tenerlo. Gente talentosa que carece de fuerza interior hace las concesiones obligadas, acepta las humillaciones impuestas, obedece las instrucciones presidenciales aunque las sepa desinformadas o tóxicas. He ahí a Carlos Urzúa agachando la cabeza, a Arturo Herrera mordiendo la lengua, a la subsecretaria de Egresos de Hacienda intentando explicarle al presidente que sus números simplemente no dan, a los pocos técnicos que quedan proveyéndole una dosis de realidad que AMLO prefiere ignorar.

Que no hay manera de rescatar a Pemex al estilo 4T sin hacer cada vez más grande el boquete en las finanzas públicas. Que no hay forma de financiar pro-

Ignorancia sobre cómo funciona el Estado y cómo funcionan los mercados. Ignorancia sobre cómo se arma un presupuesto y las variables que intervienen en su elaboración y ejercicio. Ignorancia sobre el vínculo entre crecimiento y recaudación, certidumbre e inversión, regulación y competencia, competencia y productividad, política social e informalidad, monopolios y extracción de rentas, capitalismo de cuates y subdesempeño económico.

yectos inviábiles como el Tren Maya y la refinería de Dos Bocas y el aeropuerto de Santa Lucía con más recortes y más despidos y más adelgazamiento gubernamental. Que no hay forma de atraer y mantener la inversión si consuetudinariamente se cambian las reglas de juego. Que los programas sociales no están garantizados porque al gobierno le faltan millones de pesos que no tiene. Pero AMLO llama a los economistas que lo quieren asesorar; ignora a miembros de su equipo que le sugieren rectificar; insulta de mala manera a expertos con buenas intenciones. Y evidencia así cuán terrible es la ignorancia en acción; cuán peligrosa es la ignorancia sincera; cuán contraproducente es no saber, pensando que se sabe.

Ignorancia presidencial -traducida en política pública- producto del orgullo o la obcecación o la prisa o la visión ideologizada de la economía. Necedad detrás del último memorándum anunciando recortes adicionales que “permitan liberar mayores recursos para el desarrollo”, y AMLO cree que la única forma de lograrlo es a través de la política petrolera. Pero no ha entendido o no quiere entender las implicaciones de sus decisiones. Pasar de la austeridad republicana a la pobreza franciscana para salvar a Pemex acabará desmantelando al Estado y su posibilidad de actuar, de subsidiar, de apoyar. Porque le quitarán recursos al IMSS, al ISSSTE y los servicios básicos que proveen. Porque mermarán aun más la operatividad institucional. Porque si el presidente sigue abrazando la ignorancia voluntaria, en lugar de desarrollo nacional habrá una pauperización general. Y como lo escribió Robert Browning: “la ignorancia no es inocencia, es pecado”. Pecado presidencial.

URBE Y ORBE

Arturo González González

¿En verdad somos tan demócratas?

Les propongo un ejercicio: entren al buscador de Google y tecleen Clístenes. ¿Cuántas referencias aparecen? 211,000. ¿Les parecen muchas? Ahora tecleen Alejandro Magno. ¿Cuántos resultados? Alrededor de 9.6 millones. Ahora vamos a Amazon Libros. Lo mismo: busquemos referencias de uno y otro. De Clístenes, solo dos que hablan de él. De Alejandro, 244 libros. ¿Qué nos dice esto? Más de lo que nos imaginamos. Clístenes de Atenas es quien hace 2,527 años diseñó las reformas que engendraron el primer gobierno democrático de la historia. Es el padre de la democracia. Sobre Alejandro Magno... ¿hace falta explicación? Baste decir que durante siglos a partir de su muerte en el 323 a. C. ha sido el máximo referente del rey conquistador. Un demócrata contra un autócrata.

No se trata de un asunto de disponibilidad de información historiográfica, no. Lo mismo ocurre si ponemos a “competir” en biografías o referencias literarias a Pericles con Julio César, Tiberio Graco con Nerón, Simón Bolívar con Napoleón, Francisco I. Madero con Porfirio Díaz o Martín Luther King con Hitler. E igual pasa en el cine y la televisión. ¿Por qué en sociedades como las de Europa y América, que tanto presumen de ser democráticas, se habla y escribe más de los autócratas que de los demócratas? ¿Siempre ha sido así? ¿Se trata sólo de que el poder individual y sus excesos ejerce una mayor seducción que el poder colectivo y sus controles? ¿Qué tanto hay de proyección social y construcción ideológica detrás de todo esto?

Sirva este sencillo ejercicio y las preguntas consecuentes para reflexionar sobre el estado de la democracia y sus estímulos y reflejos culturales en un momento en el que los regímenes autoritarios se están consolidando y las figuras políticas de sistemas democráticos muestran, cada vez con menos empacho, desplantes autocráticos; un momento en el que cada vez más analistas y académicos hablan de la necesidad de reinventar la democracia, ya que ésta se encuentra en grave peligro.

Un buen punto de partida es consultar el Índice de Democracia de The Economist, que se publica desde 2006 cada dos años, y que mide indicadores como los procesos electorales y el pluralismo, el funcionamiento del gobierno, la cultura y participación políticas y las libertades civiles. En la década que va de 2008 a 2018, año del informe más reciente, la democracia retrocedió en el mundo con una marcada caída en Europa y América, que es donde se supone están las sociedades más democráticas del orbe. Si lo vemos desde la perspectiva demográfica, sólo el 4.5 % de la población mundial vive en democracias plenas, mientras que la proporción de población en democracias imperfectas ha crecido para colocarse en el 43.2 %. Pero el dato más revelador es que todavía más de la mitad de la población (52.3 %) vive en regímenes no democráticos (sean híbridos o

abiertamente autoritarios).

No existe sólo una causa que explique este retroceso. En una primera hipótesis podemos encontrar un proceso multifactorial en el que deberíamos ubicar a la desigualdad material como uno de los componentes principales. Si bien es cierto que la extrema pobreza ha disminuido en el mundo de manera sorprendente en las últimas décadas, también lo es que las llamadas clases medias han visto disminuir sus antiguos privilegios y beneficios sociales, mientras que los ricos acumulan fortunas exponencialmente mayores y que la riqueza amasada ha conducido a un aumento de la influencia de la plutocracia en la política. En la medida en la que los partidos y gobernantes fueron respondiendo más a los intereses de la élite económica, se alejaron de las necesidades de las capas intermedias de la población que son las que más impuestos generan en volumen y proporción.

El resultado de este fenómeno ha sido la pérdida de la representatividad política y la caída del prestigio de la democracia como un sistema que puede resolver los problemas del colectivo. A esto hay que sumar la preeminencia del capital que ha propiciado la fragmentación de la sociedad y las ciudades en tribus o guetos. La red de ese gran colectivo que era soporte y beneficiario del antiguo Estado de bienestar se ha roto en la ilusión del mercado de la diversidad material e identitaria, regulado por el capital transnacional.

Este proceso se da hoy acompañado de la explosión de las tecnologías de la información y el papel protagonista que están cobrando las redes sociales virtuales como constructores de una imaginaria fuerza colectiva que brinda la ilusión de un empoderamiento cívico cuando, en realidad, debido a los algoritmos aplicados con fines comerciales, genera bucles cerrados de pensamiento que reafirman los prejuicios individuales y remarcan las diferencias, en vez de ayudar a aclarar y construir una comunidad más fuerte fundada en aquello que une y no en lo que divide. De esta manera, la fragmentación impulsada por el mercado dominado por el capital encuentra su complemento en las nuevas tecnologías de información.

El relativismo extremo, el fundamentalismo, el pensamiento anticientífico y el nihilismo superficial se reproducen fácilmente en este contexto y abren la puerta al autoritarismo. Ante la incapacidad del colectivo de ponerse de acuerdo, de confiar en sus instituciones democráticas, de construir un discurso más allá de las diferencias individuales o gremiales centrado en el bien común material, el populismo y la autocracia crecen como opciones viables de ejercicio del poder. Los partidos tradicionales, perdidos en la lógica de la hegemonía económica, el progresismo exclusivo de la diversidad individual y el abandono de la realidad tangible y objetiva del colectivo,

hacen brecha a los partidos y movimientos que reivindicaban las diferencias de identidad y abrazan las medidas populistas que debilitan aún más las instituciones y afianzan el poder unipersonal, ese que encuentra siempre una mayor proyección en las producciones culturales.

No se trata de que todo esto sea consecuencia de la mayor presencia y difusión de los ejercicios de poder individual, pero sí estamos en la posición de cuestionarnos qué tanto contribuye el ensalzamiento de las figuras y patrones autocráticos en una preparación ideológica que aumenta nuestra familiaridad o tolerancia hacia el autoritarismo en un mundo en donde las alternativas más fuertes a los poderosos Estados Unidos de Donald Trump son la exitosa China de Xi Jinping o la renaciente Rusia de Putin.

En una encuesta, ante la disyuntiva de si se prefiere un sistema en donde sea responsabilidad de todos tomar con suficiente información las decisiones más importantes sobre la vida pública, o uno en donde se elija a una persona o un reducido grupo para llevar a cabo la tarea, ¿cuántos optarán en verdad por la primera y cuántos por la segunda? Sospecho que el resultado dependerá de si la respuesta se da de forma anónima o abierta con una clara tendencia a mostrar demócratas de calle y autócratas de clóset, aunque estos últimos encuentran cada vez mejores condiciones para salir a la luz y desde ahí golpear la credibilidad de la democracia como el mejor sistema político que se ha inventado hasta ahora.

Pero frente al deterioro de la democracia y el avance del autoritarismo surge la pregunta inevitable: ¿qué hacer? Hasta el momento se observan sólo tres vías: mantener el divorcio representativo de la llamada democracia liberal, transitar hacia el populismo paternalista o identitario y nacionalista que están siguiendo varios países de Europa y América, o ahondar en la construcción democrática con el fortalecimiento y creación de instituciones que propicien una mayor participación e injerencia de la ciudadanía, como colectivo unificado y no como ente fragmentario, en la toma de decisiones para resolver los problemas materiales comunes.

Para lograr esto último se requiere caminar primero sobre una base de certezas sociales y científicas, recuperar la fuerza del poder político público sobre el económico individual, reconocer la pluralidad centrada en lo que nos identifica como ciudadanos, explorar nuevas formas de participación y construcción de consensos y, ¿por qué no?, también incrementar la producción cultural y exposición de historias en donde los protagonistas sean demócratas y ya no solo los autócratas que, por otra parte, siempre podrán servir como referencia de la alta factura que se cobra el recorrer sus oscuras vías.

Twitter: @Artgonzaga

Correo-e: agonzalez@grupopunto.net